

NOTAS.

1.^o Por lo expuesto, respecto á Eugenio Salazar, consta que desde el siglo XVI hubo, entre nosotros, quien cultivara la poesía bucólica, y lo mismo ha sucedido posteriormente, según se ve en el resto de la presente obra. Por lo tanto, nos llama la atención que persona tan ilustrada como D. Rafael A. de la Peña, *Prólogo* á las poesías de Pagaza (México 1887), no mencione más poetas bucólicos mexicanos que á Pagaza y á Montes de Oca. Acaso Peña debió haber ocupado su *Prólogo* más bien en hacer una reseña histórica de la poesía bucólico-mexicana, que en defender una causa difícil, y querer resucitar un sistema antiguo y antiestético, á saber: "que el género de poesía mencionado es propio de nuestro tiempo, y que la mitología puede usarse convenientemente en las composiciones poéticas." Ciertamente que la poesía bucólica, bien desempeñada, es agradable; pero de aquí no se infiere que sus imágenes tranquilas sean propias de una época moralmente anárquica y turbulenta, en que tanto se lucha por la diversidad de creencias y opiniones. Según manifiesta un buen preceptista de la escuela moderna, Revilla [*Principios de literatura*], "el género bucólico puede hoy considerarse como muerto." Sobre el uso de la mitología en las obras poéticas, véase el cap. 9 de esta obra, y aquí sólo haremos una observación. Peña cita en favor suyo unos versos de Menéndez Pelayo, quien puede ser refutado con él mismo, pues varias veces reprueba el uso de que se trata, en su *Historia de las ideas estéticas en España*. Recomendamos el juicio de las poesías de Pagaza, publicado en *El Tiempo*, México, Mayo 31 de 1888.

2.^o De los escritores contemporáneos que han negado la autenticidad de las poesías de Netzahualcoyotl, bastará citar dos, uno mexicano y otro español, García Icazbalceta [*Memorias de la Academia Mexicana*] y Menéndez Pelayo [*Horacio en España*, 1885].

3.^o A propósito del príncipe-poeta Plácido, haremos una observación á D. José Cuellar, en su artículo *Literatura Nacional*. Según Cuellar, "en Nueva España el poeta era considerado como un saltimbanqui, ajeno á toda gravedad, incompatible con toda posición social, ente ridículo, despreciado de los nobles y de los ricos." Consta en el curso de la presente obra, que si bien México independiente ha producido más número de buenos poetas que México colonial, no es menos cier-

to que durante el tiempo del gobierno español la poesía fué estimada y protegida en nuestro país, y que entónces hubo aquí multitud de escritores en verso, americanos y españoles, nobles y plebeyos, ricos y pobres, eclesiásticos y seculares.

A LIDIA.

(IMITACION DE HORACIO.)

Me tuo longas pereunta noctes,
Lydia, dormis!

I

En muelle lecho que á soñar convida,
de tu palacio en el recinto mudo,
mientras al pie de tu ventana gimo,

Lidia, tú duermes!.....

Duermes, y el viento que girando azota
la dura puerta, por mi mal cerrada,
los moribundos, de mi voz se lleva
trémulos ecos!.....

II

Ya en el silencio de la noche exhale
mi voz inútil en amante ruego;
ya con acentos que el dolor inspire
yo te maldiga.....

Sorda á mi voz y á mi clamor ajena,
ni á compasión mis lágrimas te mueven,
ni concitar con simulado enojo
logro tus iras!.....

III

¡Goza, que aun flores para tí la vida
tiene, y aromas y dorados frutos;
y el rayo ardiente del placer corona
de oro tu frente!.....
Púrpura y nieve tus mejillas bañan,
vívida lumbre tu mirada vierte.....
de tí se escapan, vaporosas ondas
de luz y vida!.....

IV

Mas ay!..... el tiempo presuroso vuela,
siempre llevando en agitado curso,
de amor, riqueza, juventud y gloria
yertos despojos!.....
¡Ay si despiertas del tranquilo sueño
cuando la flor de tu belleza muera!.....
nada valdrá que suplicante lles
dones al ara!.....
nadie al compás de flauta melodiosa
vendrá á turbar tu sueño, ni á decirte:
mientras al pie de tu ventana gimo,
Lidia, tú duermes!.....

V

Voyme vagando cual errante sombra
que en la ribera desolada gime;
mientras sacude el aquilón violento
la dura puerta!.....
¡Quieran los Dioses preservar ¡oh Lidia!
tu frágil nave de huracán sañudo,
y tienda rumbo á saludable puerto
rápidas velas!.....

MILK.

ABEJA.

[Continúa.]

CAPITULO XII.

EN EL CUAL SE DESCRIBE EL TESORO DEL REY LOC TAN BIEN CUANTO
ES POSIBLE.

Seis años, día con día, habían transcurrido desde que Abeja estuviera entre los Enanos. El rey Loc llamó á su tesorero á palacio, y delante de ella le ordenó que quitase una gran piedra, que parecia estar esculpida en la muralla; pero que en realidad no se hallaba sino sobrepuesta. Pasaron los tres por el hueco que dejó la gruesa piedra, y se encontraron en una hendedura de la roca, por donde no cabían dos personas de frente. El rey Loc avanzó primero, por este oscuro camino, y Abeja lo siguió agarrada á una punta del manto real. Caminaron mucho tiempo. Por intervalos, las paredes de la roca se juntaban de tal modo, que la joven creía estar presa; sin poder avanzar ni retroceder, pensaba que allí iba á morir. El manto del rey sin cesar desaparecía por el sendero negro y estrecho. Por último, el rey Loc encontró una puerta de bronce, que abrió, y apareció una gran claridad:

— Pequeño rey Loc, exclamó Abeja, no sabía hasta ahora, que la luz fuese tan hermosa.

Pero el rey Loc la tomó por la mano, la introdujo en la sala de donde procedía la luz, y le dijo:

— Mirad!

Abeja, deslumbrada, de pronto, nada vió, porque aquella sala inmensa, sostenida por altas columnas de mármol, desde el piso hasta el techo, era toda de brillante oro.

En el fondo, sobre un estrado formado por piedras preciosas, engastadas en oro y plata, y cuyas gradas estaban cubiertas con un tapiz maravillosamente bordado, se elevaba un trono de marfil y oro, con un dosel de transparentes telas, á los lados del cual dos palmeras, de tres mil años de edad, surgían de dos vasos gigantescos, cincelados en otro

tiempo por el mejor artista de los Enanos. Subió á este trono el rey Loc y colocó á su derecha á la joven, quien permaneció en pie.

—Abeja, le dijo, este es mi tesoro; escoged todo lo que os agrade.

Pendían de las columnas, inmensos escudos de oro que recibían los rayos del sol y los reflejaban en brillantes chispas; las espadas y las lanzas se cruzaban entre sí, brillando una llama en sus extremidades. Las mesas que había alrededor de las murallas estaban cargadas de cachorros, vasos, cálices, copones, patenas, cubiletes y vinajeras de oro; de cuernos para beber, de marfil con anillos de plata; de enormes botellas de cristal de roca; de platos de oro cincelados, de cofres, de relicarios en forma de iglesia, de pebeteros, espejos, candelabros; de lámparas tan admirables por el trabajo como por la materia, y de incensarios en forma de monstruos. Se distinguía sobre una de las mesas, un juego de ajedrez de pedernal.

—Escoged, Abeja, repitió el rey Loc.

Pero elevando los ojos arriba de estas riquezas, Abeja vió el cielo azul por la abertura del techo, y como si hubiera comprendido que la luz del cielo, era la única que daba á estas cosas todo su brillo, solamente dijo:

—Pequeño rey Loc, desearía volver á la tierra.

Entonces el rey hizo una señal á su tesorero, quien levantando espesas cortinas, descubrió un cofre enorme de calados herrajes y armado todo con láminas de fierro. Abierto este cofre, brotaron rayos de mil diversos y encantadores matices. Cada uno de estos rayos brotaba de una piedra preciosa artísticamente tallada. El rey Loc introdujo las manos, y entonces se vió rodar en una confusión luminosa: la amatista violada y la piedra de las vírgenes, la esmeralda de tres especies: una verde oscura, otra llamada *mielada*, porque tiene el color de la miel; la tercera de un verde azulado que se llama *berilo* y que produce bellos sueños; el topacio oriental, el rubí, tan bello como la sangre de los valientes, el safiro de un azul sombrío, que se llama safiro *macho*, y el safiro de un azul pálido, que se nombra safiro *hembra*; el jacinto; el ópalo, cuyos tintes son más dulces que la aurora; la agua marina y el granate siriano. Todas estas piedras de la agua más límpida y del más luminoso oriente. Y gruesos diamantes, en medio de estos juegos de colores, arrojaban deslumbrantes y blancas chispas.

—Abeja, escoged, dijo el rey Loc.

Pero Abeja movió la cabeza y dijo:

—Pequeño rey Loc, á todas estas piedras, prefiero yo uno solo de los rayos de sol, que se quiebran sobre el techo de pizarra del castillo de los Clarides.

Entonces el rey Loc hizo abrir un segundo cofre que no contenía más que perlas. Pero estas perlas eran redondas y puras; sus cambiantes reflejos tomaban todos los tintes del cielo y del mar, y su brillo era tan dulce, que parecía expresar un pensamiento de amor.

—Tomad, dijo el rey Loc.

Pero Abeja le respondió:

—Pequeño rey Loc, esas perlas me recuerdan la mirada de Jorge de Blanchelande; amo estas perlas, pero amo más los ojos de Jorge.

Al oír estas palabras, el rey Loc volteó la cabeza. Sin embargo, abrió un tercer cofre, y mostró á la joven un cristal en el que una gota de agua estaba aprisionada, desde los primeros tiempos del mundo; y cuando se agitaba el cristal se veía moverse la gota de agua. Le mostró también pedazos de ambar amarillo, en los cuales, insectos más brillantes que las pedrerías, estaban presos desde hacía millares de años. Se distinguían sus patas delicadas y sus finas antenas, y se hubieran lanzado á volar, si algo poderoso fundiera, como al hielo, su perfumada prisión.

—Estas son preciosas curiosidades naturales; os las regalo, Abeja. Pero Abeja respondió:

—Pequeño rey Loc, guardad el ambar y el cristal, porque no podría darles libertad, ni á la mosca ni á la gota de agua.

El rey Loc la observó algún tiempo y dijo:

—Abeja, los mejores tesoros estarán bien colocados en vuestras manos. Vos los poseeréis y no os poseerán. El avaro es presa de su oro; sólo aquellos que menosprecian la riqueza pueden ser ricos sin peligro: su alma será siempre más grande que su fortuna.

Habiéndose expresado así, hizo una señal á su tesorero, que presentó á la joven, sobre un cojín, una corona de oro.

—Recibid esta joya como una prueba de la estimación en que os tenemos, Abeja, dijo el rey Loc. Se os llamará en lo de adelante la princesa de los Enanos.

Y él mismo colocó la corona sobre la frente de Abeja.

CAPITULO XIII.

EN EL QUE EL REY LOC SE DECLARA.

Los Enanos celebraron con alegres fiestas la coronación de su primera princesa. Juegos llenos de inocencia, se sucedieron sin orden en el inmenso anfiteatro; y los pequeños hombres, teniendo una hebra de helecho ó dos hojas de encino, coquetamente atadas á sus capuchones, saltaban de gusto á través de las calles subterráneas. Los regocijos duraron treinta días. Pic guardó en la embriaguez la apariencia de un mortal inspirado; el virtuoso Tad se aturdió con el entusiasmo público; el tierno Dig permitiése el placer de derramar lágrimas; Rug, en su gozo, pedía de nuevo que Abeja fuera encerrada en una jaula, á fin de que los Enanos no tuvieran el cuidado de perder princesa tan encantadora; Bob, montado en su cuervo, llenó el aire de gritos tan alegres, que el pájaro negro, participando de la alegría, hacía oír pequeños y retozones graznidos.

Sólo el rey Loc estaba triste.

Luego, al trigésimo día, habiendo ofrecido á la princesa y á todo el pueblo de los Enanos un festín magnífico, subió de pié en su sillón, y, estando así su buena figura á la altura del oído de Abeja:

—Mi princesa Abeja, le dijo, os voy á hacer una pregunta, que podréis acoger ó rechazar con toda libertad. Abeja de los Clarides, princesa de los Enanos, ¿queréis ser mi mujer?

Y al decir esto, el rey Loc, tierno y grave, tenía la belleza llena de dulzura de un augusto perro de aguas. Abeja le respondió, estirándole la barba:

—Pequeño rey Loc, quiero ser tu mujer de chanza; pero nunca seré tu mujer de veras. En el momento en que me pedías en matrimonio, me recordastes á Francœur, que en la tierra me contaba para divertirme las cosas más extravagantes.

A estas palabras, el rey Loc volvió la cabeza; pero no tan pronto que no permitiera á Abeja ver una lágrima detenida en las pestañas del Enano. Entonces Abeja se afligió de haberlo hecho sufrir.

—Pequeño rey Loc, le dijo; te amo como á un pequeño rey Loc como eres tú; y si me haces reír como me hacía Francœur, no hay motivo para que te molestes, porque Francœur cantaba bien, y hubiera sido hermoso sin sus cabellos canos y su nariz roja.

El rey Loc le respondió:

—Abeja de los Clarides, princesa de los Enanos, os amo con la esperanza de que algún día me amaréis. Pero no tendría esta esperanza si no os amara tanto. No os pido, en cambio de mi amistad, más que seais sincera conmigo.

—Pequeño rey Loc, te lo prometo.

—Y bien, Abeja, decidme si amáis á alguno con quien penséis casaros.

—Pequeño rey Loc, no amo hasta ahora á nadie.

Entonces el rey Loc, sonriéndose y tomando su copa de oro, brindó con voz retumbante por la princesa de los Enanos, y un rumor inmenso se levantó de todas las profundidades de la tierra, porque la mesa del festín se extendía de un extremo al otro del imperio de los Enanos.

ANATOLE FRANCE.

[Continuará.]

BIBLIOGRAFIA.

Romancero Colombiano—El Sr. General D. Lázaro María Pérez, que ha prestado á su patria —Colombia— tan grandes servicios con su espada como con su pluma, acaba de publicar la segunda edición de la hermosa obra intitulada: *Romancero Colombiano*.

Fué en el año de 1883 cuando, para celebrar el centenario de Bolívar, inició la formación del *Romancero Colombiano* el inspirado poeta D. J. A. Soffía. En treinta y nueve días fué ideado, escrito é impreso el libro; ¡que tantos prodigios obran el amor á los héroes, á la libertad y á las letras!

Hízose reducidísima edición en 1883, y el patriota General Pérez al verla agotada se propuso no solamente hacer otra más numerosa, sino también brindar una oportunidad á los poetas colombianos para corregir las composiciones escritas con tanta festinación, y dar lugar á las obras de aquellos que no pudieron por diversas causas cantar las glorias del ilustre prócer.

Cumplidamente ha realizado el Sr. Pérez tan noble propósito, pues la segunda edición del *Romancero Colombiano* es por todo extremo digna de elogios.

Cuarenta y nueve poesías, muchas de ellas de grande extensión, están contenidas en las 446 páginas del *Romancero*. De esas poesías son autores: Rafael Núñez, Teodoro Valenzuela, Ricardo Carrasquilla, M. M. Madiedo, Carlos Sáenz E., J. M. Quijano Otero, J. M. Pinzón Rico, Roberto Mac-Doual, Lázaro M. Pérez, J. M. Samper, Rafael Venegas N., J. David Guarín, Adolfo Sicard y Pérez, José Joaquín Ortiz, Enrique Alvarez, Agripina Montes del Valle, Ricardo de Francisco, Rafael Pombo, J. Casas Rojas, Ruperto S. Gómez, Diego Fallón, Próspero Pereira, J. Manuel Marroquín, Rafael Tamayo, Juan I. de Armas, José Caicedo Rojas, Eduardo Calcaño, J. A. Soffia, Jorge Roa, Rafael Pombo, Manuel M. Fernández, J. M. Quijano Wallis, Rafael M. Merchan, J. Argáez, Enrique Restrepo G., Alirio Diaz G., M. A. Caro y José Rivas Groot.

De intento hemos dado á conocer los nombres que preceden. Entre ellos figuran varios que son muy conocidos y estimados en nuestro país, y todos revelan cuán extendido está en Colombia el amor á las letras.

Tarea fácil pero impropia de una noticia bibliográfica, sería la de señalar las bellezas que abundan en el *Romancero Colombiano*. No la acometemos por falta de tiempo, y nos reducimos á recomendar á los amantes de lo bello la adquisición del libro, y á felicitar muy sinceramente al Sr. General D. Lázaro María Pérez, antiguo amigo nuestro, por haber llevado á feliz término la publicación de un libro que es al propio tiempo que un homenaje al más ilustre de los héroes Colombianos, un nuevo título de gloria para la literatura hispano-americana.

F. S.

LOS CUARTETOS DE BEETHOVEN

FRAGMENTO DE LA OBRA

BEETHOVEN

PAR

JEAN CHANTAVOINE

TRADUCIDO POR EL

Dr. Alfonso Pruneda

Edición de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes



MEXICO

TIPOGRAFIA DE LA VIUDA DE F. DIAZ DE LEON

Cinco de Mayo y Callejón de Santa Clara.

1907